



1. RTVE

LOS medios de comunicación dependientes del Estado y, por ello mismo, vinculados a todos los españoles, han pasado a depender de Javier González Ferrari, hasta ahora director de Informativos de Televisión Española. Tiene 47 años, está perfectamente preparado profesionalmente para el ejercicio del cargo, y ha participado en empresas tan diferentes como la SER, COPE, Onda Cero, Antena 3 Radio y, en sus comienzos, en RNE. De momento, sería imprudente censurarle algo. Por el contrario, solamente hay que desearle una ejecución de su tarea según las reglas más democráticas. Nada más. Y nada menos.

Decimos nada menos porque el momento que atraviesa la vida sociopolítica española es de una delicadeza extraordinaria en lo que a medios de comunicación se refiere. De hecho, PRISA y Telefónica se han repartido la tarta de forma clamorosa y perfectamente visible, mientras cuanto está a su alrededor es puro trámite. En tales circunstancias, la forma de proceder de las instituciones mediáticas estatales alcanzará una dimensión enorme, porque acabará por derivar el sabor de la tarta en un sentido o en otro. Tal y como viene sucediendo desde que comenzó la vida democrática en esta España de los vaivenes permanentes, tan históricos ellos. Se pelea por la democracia desde todos los medios comunicativos, y también desde todos ellos se la propone desde una atalaya diferente, en proporción a los propios intereses de grupo.

¿Será posible que, en esta ocasión y con la mayoría absoluta de los populares en el ejecutivo y legislativo, RTVE juegue a favor de todos los españoles y solamente en defensa de la vida democrática, tanto en su dimensión de justicia como de libertad? Nada más solicitamos de Javier González Ferrari. Y nada menos. Lo que suceda en RNE, en TV1 y TV2, con todas sus enormes connotaciones territoriales, es, desde ahora, plena y absoluta responsabilidad de este hombre. Y muy pronto sabremos lo que pretende hacer desde el poder puesto en sus manos.

En pocos casos como en el del nuevo director de RTVE, podemos asistir al debate entre política y servicio, entre servicio y lealtad, entre lealtad y sociedad. Es el acento que ponemos en Javier González Ferrari, al que, una vez más insistimos en ello, deseamos lo mejor en su tarea ahora comenzada.

P. de P.

2. En defensa de «Gran Hermano»

TRAS varias semanas de emisión y de enorme eco mediático del programa televisivo *Gran Hermano*, me vienen a la mente algunas breves consideraciones de escaso fuste intelectual quizás en una cuestión de la que todo está dicho y escrito, pero enumerándolas aquí confío quitarme un peso de encima, no sea que me dé un telele de infraestima por no participar en tamaño debate nacional.

1. Todos hemos tenido en casa un hormiguero o una caja con gusanos de seda ante los que perdíamos las horas sin que nadie nos planteara preguntas morales o de buen gusto. No hay por qué poner el grito en el cielo. Aquellos eran bichitos. Aquí figamos al personal. Las ciencias experimentales avanzan.

2. Llevamos decenios diciendo que en la televisión todo está ya inventado, y cuando sale a la pantalla la novedad en estado puro ponemos cara de susto y lo llamamos telebasura. Semejante actitud no ayuda lo más mínimo a los señores de la tele en su impagable combate contra el crepúsculo de las ideas.

3. El generoso derroche de expresiones soeces, tacos, maldiciones, exabruptos y blasfemias del que hacen gala los reclusos a dos por tres en las conexiones con la casa no es culpa suya. Les han prohibido llevar libros a su encierro. Y sabido es que la falta de letras bestializa. (A saber también lo que largarían por esas bocas si no hubiera micrófonos). Es más, las conversaciones que allí se sostienen serían insulsísimas sin ese adobo.

4. Experimentos como éste contribuyen a la convivencia y debilitan más todavía la sinrazón de la violencia. Bien está que nos demos cuenta alguna vez de que existe gente capaz de aguantar todo tipo de presiones exter-

nas, conflictos internos, malas interpretaciones y vejaciones sociales, violencia en suma, por veinte millones de pesetas. Ésa sí es una razón.

5. *Gran Hermano* sirve de magnífica espita catártica para los desahogos envidiosos y revanchismos inconcesables de la ciudadanía. Descansa lo suyo separar desde el anonimato a una pareja de amantes o castigar con la expulsión a la lista del grupo. Relajantes ventajas de la práctica democrática del voto secreto.

6. Programas como éste favorecen el recambio de protagonistas necesario para otros espacios de parecida dignidad y altura cultural en los que ya empezaban a repetirse en demasía las mismas caras. Donde sacaban a la Berrocal pondremos a Israel, les haremos las mismas tontas preguntas y dineritos a gogó. La vida es una tómbola.

7. De «voyeurismo», nada de nada. Las escenas de *Gran Hermano* que vemos a través de Tele 5 no suponen alimento alguno para la pestaña del perverso, y además la gente está allí por su voluntad, que es lo que importa. Valga para el caso una simple comparación. Al parecer, si uno defeca sin ser coaccionado y el gesto se televisa a todo el país con su permiso, sólo falta que otro encienda también libremente el televisor para que la retransmisión del acto se convierta automáticamente en «un servicio público» y en un ejercicio de libertades.

L. U.

3. El lenguaje de la libertad

EN los primeros años sesenta comenzó a escucharse su nombre. Algo más tarde leíamos *Ópera aperta*, que nos abría horizontes renovadores de cierto sonambulismo cultural. De pronto irrumpió *El nombre de la rosa*, esa crítica feroz de la libertad reprimida en aras del sistema. Siempre ha llegado hasta nosotros su permanente análisis de las palabras como instrumento de organizar la existencia humana: Umberto Eco está en Europa y en el mundo como custodio del lenguaje en la medida que es «un lenguaje para la libertad y en sí mismo libertad en estado puro». Ahora, le hemos concedido los españoles el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Excelente galardón para persona excelente.

Pero ¿qué tiene, en definitiva, este italiano un tanto grueso, algo sonriente y muy protagonista de la realidad civil? Como ya hemos escrito que propone la relación estricta entre lenguaje y libertad, añadamos que estamos ante uno de los últimos grandes humanistas de este salto de siglo y, en general, de tiempo cultural. A sus espaldas la herencia grecolatina, una medida voluminosa de Renacimiento puro y duro, y la adhesión corajuda a la heterodoxia como fuente de la verdad. Una y otra vez ha sido aplaudido, y sin embargo jamás ha pactado con los aplausos. Ha transitado del análisis puro a la mediación novelística, símbolo de un afán clientelista de firme inteligencia. No en vano se le entrega un premio relacionado por una parte con el hecho comunicativo y por otra parte con la realidad humanística, dos adquisiciones del cultivo de la temporalidad en el ámbito mediterráneo.

Ahora, cuando en España pintan bastos para la literatura y la expresión callejera deviene cutre y bastarda, la escritura de Umberto Eco se hace completamente necesaria, más allá de críticos que le censuran su condescendencia con la gente de la calle, eso que hemos llamado clientelismo, de tan urgente necesidad en el ámbito consumista y globalizado que vivimos los pudientes occidentales. Tan pulcros en lo referente a todo lo relacionado con la letra, con el pensamiento y, en fin, con lo académico.

Y como guinda, sus diálogos con el cardenal Martini, fraternalizados ambos en el eminente lenguaje de la libertad. Esperamos lo que afirme al recibir el galardón.

P. de P.

4. El obispo pardo

HA comenzado la destrucción de monseñor Uriarte, obispo de San Sebastián. Algunos, en su momento, comentamos las campanas al vuelo por su nombramiento, con cierto pánico: eran demasiadas esperanzas puestas en un ser humano, limitado y propio como todos. Además, la demonización de su antecesor, monseñor Setién, había sido de tal voltaje que, a luces encendidas, tenía que acabar por descubrirse sombras en quien le sucedía. Y, llegado el momento, las sombras llegaron. Vaya que sí.

El 14 de mayo del presente 2000, que Dios tenga en gloria, el director del diario *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, la emprendía con monseñor Uriarte, a raíz del asesinato de José Luis López de la Calle. Nadie había metido las manos en una dimensión tan delicada del problema, porque todos éramos conscientes de la complejidad en que estaba sumido el sucesor de Setién, de quien ya no se habla para nada. Pero el citado, en aras de su democrático amor a las libertades ajenas, escribía y editaba un texto con este título: *El obispo pardo*. Allí, tras un prolijo análisis del momento en el País Vasco, todo lo subjetivo que pedía la situación, acababa por insinuar una posible relación entre el obispo de San Sebastián y determinados jerarcas católicos durante el nazismo. Aunque, en un rizo conclusivo, apelaba al diccionario y escribía que no se trataba de tal relación, como pudiera pensar el lector, sino de otra acepción mucho más sencilla: «*Aplicase a la voz que no tiene timbre claro*». De forma y manera que, con el mejor de los cinismos y con la tremenda prepotencia del cargo, comenzaba la destrucción del prelado.

El horno no está para bollos, y un obispo, metido en tal horno, debe someterse a una ejecución sumamente tierna del mensaje evangélico: precisamente para no aumentar la temperatura del horno en cuestión. Se dice *tierna* por la sencilla razón de que todo es quebradizo a pesar del largo tiempo pasado de conflictos y de asesinatos. De otra manera, que parece poco aceptable que un director de periódico a nivel nacional se apoye en algo tan terrible como es la ejecución de un compañero de profesión y hasta de empresa, para golpear el comienzo de trabajo pastoral de una persona tan respetable como es monseñor Uriarte.

Así no se colabora para nada con la posible y deseable paz por unos y por otros en ese lugar tan dolorido. Así lo único que se consigue es desdibujar la respetabilidad del obispo para crearle una situación degradada de cara al futuro. Tal obispo nada tiene de pardo, pero Pedro J. Ramírez sí que tiene mucho de azul.

D. Hopper

